

# La Reconquista: construcción de un mito identitario. Usos políticos y discursivos de un concepto anacrónico

*The Reconquista: the creation of an identity myth. Political and discursive uses of an anachronistic concept*

**Andrea María Ordóñez Cuevas**

*Doctoranda de la Universidad Autónoma de Madrid*

## **Resumen**

En el siglo XIX se crea el concepto de Reconquista que se integra en la mentalidad española. Durante las décadas siguientes se significa progresivamente con un contenido político muy claro que permitía al nacionalismo centralizador y católico oponer la idea de una España unitaria y predestinada desde sus orígenes frente a las tentativas periféricas y los programas políticos federales. En los últimos años el panorama político español ha recuperado gran parte de este discurso político para legitimar una nueva ola de nacionalismo conservador. Sin embargo, la historiografía ha debatido y cuestionado reiteradamente este concepto puesto que no se corresponde con la mentalidad medieval ni aparece reflejado en las fuentes.

Palabras clave: Reconquista, Edad Media, historiografía, nacionalismo, *restauratio*.

## **Abstract**

*The notion of Reconquista began to enter the Spanish mentality in the 19th century. In the following decades, its growing political content allowed Spanish Catholic nationalism to counterpose the idea of a Spain predestined from its origins to be unitary to peripheral attempts and federalism. In recent years the Spanish political scene has recovered much of this political discourse to legitimize a new wave of conservative nationalism. However, historiography has repeatedly debated and questioned the concept since it does not exist in medieval mentality nor is it reflected in the sources.*

Keywords: Reconquista, Middle Ages, historiography, nationalism, *restauratio*

## Introducción

Decía Julio Caro Baroja que «la mentira, poética y retóricamente hablando, resulta más justa que la verdad escueta y que, de acuerdo con lo indicado antes, incluso parece más verosímil que la verdad, ya que mediante ella, los actos se redondean, los dichos se perfeccionan, las personas importantes salen más airosas o mejor caracterizadas»<sup>[1]</sup>. El pasado ha sido, es y será una fuente de legitimación para modelos políticos e ideológicos de toda índole. Más allá de la veracidad del conocimiento histórico, de sus obvias limitaciones y de la incapacidad del ser humano para acceder a esa «verdad», es el relato y sus protagonistas quiénes —gracias a las instituciones y debido a sus intereses— perduran en la memoria colectiva construyendo una imagen del pasado que, imaginada<sup>[2]</sup>, otorga cierta satisfacción a aquellos sectores que han elaborado y difundido el relato.

Discursos que en ocasiones han alcanzado tanto éxito que se han transmitido al conjunto social favoreciendo la creación de una identidad colectiva que descansa, entre otras cosas, sobre la creencia de que ese pasado «común» es lo que define y garantiza la existencia de la nación en sí misma. La *Reconquista* es uno de esos relatos exitosos que por su actualidad y reiteración se mantiene como debate vivo tanto en el mundo académico como en el discurso político<sup>[3]</sup>.

A pesar de haber sido duramente cues-

tionado en el ámbito historiográfico<sup>[4]</sup>, el concepto de *Reconquista*, aparece íntimamente ligado a la historia peninsular, como si de un dogma se tratase. Desde el currículum escolar hasta la prensa contemporánea se continúa haciendo referencia implícita o explícita a un concepto que tradicionalmente se ha entendido como el proceso de expansión de la «España» cristiana en detrimento del mundo musulmán<sup>[5]</sup>. Poco o nada ha preocupado a los grandes promotores de este término, entre los que se encuentran algunos representantes de los grupos políticos más reaccionarios, que las fuentes medievales no hagan referencia alguna a esa «*reconquista*», sino que, al intentar definir el proceso de expansión frente al mundo islámico lo más habitual sea encontrar los términos *restauratio* o *salvatio*, cuya connotación está más cerca del providencialismo que de la planificación militar y desde luego muy alejadas de una suerte de identidad nacional o patriótica.

La mayor parte de los medievalistas concuerda en afirmar que este enfrenamiento entre cristianos y musulmanes tuvo mucho más de oportunismo que de estrategia. En aquellas ocasiones en las que el propósito del enfrentamiento se articuló siguiendo el argumentario religioso lo hizo en términos de *guerra santa*, de *cruzada* o de *restauratio*<sup>[6]</sup>. El avance cristiano respondió funda-

1.- Julio Caro Baroja, *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo*. Madrid, Seminarios y Ediciones, (1970 (1ª ed. 1968), p. 47.

2.- La idea de que los estados nación son construcciones imaginarias al servicio de los poderes nacionales la desarrolla Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2006.

3.- Alejandro García Sanjuan, «La persistencia del discurso nacionalcatólico sobre el medievo peninsular en la historiografía española actual», *Historiografías: revista de historia y teoría*, 12, (2016), pp.132-153.

4.- Un resumen extenso y documentado sobre el debate historiográfico existente, sus defensores y los distintos puntos de vista se puede encontrar en la obra de Francisco García Fitz, *La Reconquista*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2010.

5.- *Ibid.* p.11.

6.- En relación con el desarrollo de la guerra santa en la península ibérica destacan notablemente los trabajos del grupo de investigación dirigido por Carlos de Ayala Martínez que han publicado varias obras colaborativas al respecto en los últimos años, entre las que cabe destacar una de las más recientes, Carlos de Ayala Martínez, Santiago Palacios Ontalva, Patrick Henriët (dirs.), *Orígenes y desarrollo de la guerra santa en la península ibérica*, Madrid, Casa de Velázquez, 2016.



*La rendición de Granada*, de Francisco Pradilla y Ortiz, 1882 (Fuente: Senado de España).

mentalmente a las necesidades —y oportunidades— que coyunturalmente fueron apareciendo en los márgenes de expansión entre los diversos espacios. Así, en época de debilidad islámica, especialmente tras la descomposición del califato y la pérdida de poder por parte de almohades y almorávides, los reinos cristianos peninsulares fueron capaces de ampliar significativamente su territorio, mientras que en momentos de fortaleza islámica las fronteras retrocedieron significativamente en favor del bando musulmán.

La justificación teórica y discursiva de estos enfrentamientos beberá de la tradición providencialista para poder legitimar su expansionismo, convirtiendo el conflicto en un castigo divino. Permitiendo la creación de lo que se ha venido a denominar entre los investigadores un «mito de los orígenes<sup>[7]</sup>», un acontecimiento o hecho pa-

7.- El concepto de mito de los orígenes viene definido y

radigmático que a través de la propaganda política se significa como acto fundacional del reino. Esta clase de mitos aparecen con gran asiduidad en la Edad Media y podemos rastrearlos en la mayor parte de la Europa occidental, baste pensar en ejemplos como el rey Arturo, Brian Boru o los taumatúrgicos reyes de Francia.

En las siguientes páginas trataremos de presentar brevemente los motivos por los cuáles el concepto de *Reconquista* ha resultado tan útil en el paradigma político del siglo XX, cuáles son sus fundamentos y bases y cómo se han utilizado para favorecer el discurso político de lo que se ha venido a denominar «nacional-catolicismo<sup>[8]</sup>». Una

analizado por Claude Lévi-Strauss, «Le temps du mythe», *Annales*, E.S.C. 26, (1971), concretamente en las pp. 534-535.

8.- En relación con el nacional-catolicismo y su desarrollo en la España del siglo XX se puede consultar la obra de Jordi Muñoz Mendoza, *La construcción política de la identidad española: del nacional catolicismo al patriotismo democrático*, Madrid, Centro de Investigaciones

doctrina que se sirvió de algunos personajes y hechos emblemáticos para justificar y legitimar tanto el conflicto bélico como la «identidad española» entre los que destaca el ensalzamiento de figuras como Pelayo, el Cid o los Reyes Católicos y acontecimientos como la batalla de Covadonga, las Navas de Tolosa o la toma de Granada. Por último, intentaremos plantear qué significado tenían estos elementos en su contexto y cómo la contemporaneidad ha forzado los límites del relato historiográfico, mitificando o incluso falseando ciertos hechos con la intención de favorecer un determinado programa ideológico que logra hacerse hegemónico a través de las instituciones, el urbanismo, la propaganda y la cultura popular.

### Construir identidad a través del lenguaje: el concepto de Reconquista

El relato hegemónico sobre el que se fundamenta el concepto de *Reconquista* se lo debemos al esfuerzo consciente y continuado que hicieron los historiadores y políticos decimonónicos cuando se plantearon la necesidad de dotar de contenido al Estado-nación, partiendo de la construcción de una identidad común que debía fundamentarse sobre el pasado compartido<sup>[9]</sup>.

A partir de hechos significativos del pasado y de la mitificación de figuras reconocibles se formaliza el discurso patriótico cuyo objetivo era favorecer los intereses de la burguesía liberal consolidados a través del control de la opinión pública. Para lograr la colaboración del pueblo debían configurar una mentalidad común capaz de transmitir la idea de que la participación

bélica, política o electoral era necesaria para defender «nuestra frontera» frente a la alteridad<sup>[10]</sup>. Y qué mejor proceso histórico que una lucha secular frente a un enemigo extranjero, invasor y herético para favorecer un discurso nacional, cristiano y liberal que se enfrenta a una profunda crisis económica y estructural y que se ve obligado a reformularse teóricamente.

El cuestionamiento de fondo no deriva tanto en la adecuación más o menos problemática del concepto de *Reconquista* como descriptor del periodo medieval, puesto que, aunque anacrónico, algunos sectores de la academia consideran adecuado para resumir y concentrar el análisis de los enfrentamientos bélicos entre cristianos y musulmanes en la península ibérica<sup>[11]</sup>. Si no que reside sobre los usos políticos e ideológicos que han marcado el desarrollo y significación del propio término<sup>[12]</sup>.

Tal y como demuestra Martín Ríos Saloma en numerosos artículos, el concepto de

10.- Eloy Benito Ruano, *De la alteridad en la Historia*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1988.

11.- Existen diversas posturas al respecto representadas por investigadores como Derek Lomax, Thomas Deswarte o Abilio Barbero y Marcelo Vigil, cada línea interpretativa focaliza sobre un aspecto a destacar, aunque en su mayoría exponen ciertas reticencias a poder interpretar todo el periodo de manera uniforme.

12.- Sobre esta cuestión existe una amplísima bibliografía, entre la que destaca la mayor parte de la producción historiográfica de Martín Ríos Saloma, cuya tesis doctoral *La Reconquista en la historiografía hispana: revisión y deconstrucción de un mito identitario. (Siglos XVI-XIX)* era precisamente un análisis de los usos que se habían dado a este concepto y que desde su publicación le ha permitido desarrollar una prolífica labor investigadora al respecto incluyendo la publicación de dos monografías y numerosos artículos (2005, 2007, 2008, 2011, 2017). Otros investigadores, especialmente entre aquellos dedicados al estudio del mundo islámico en el medievo también han cuestionado duramente la tergiversación histórica que se ha hecho del proceso para legitimar determinados programas políticos destaca el libro de Alejandro García Sanjuan, *La conquista islámica de la península ibérica y la tergiversación del pasado: del catastrofismo al negacionismo*, Madrid, Marcial Pons, 2013.

Sociológicas, 2012; y con una perspectiva historiográfica a Stanley G. Payne, *El primer franquismo, 1939-1959. Los años de la autarquía*, Madrid, Temas de Hoy, 1999.

9.- Rafael Núñez Florencio, «La construcción de la identidad española: símbolos, mitos y tipos», *La Albolafia: Revista de Humanidades y Cultura*, 5, (2005), pp. 171-190.

*Reconquista*, no aparece ligado a la historia medieval hasta finales del siglo XVIII y será durante la centuria siguiente cuando las Historias Nacionales otorguen la carga ideológica y legitimista a este término. Entre ellas destaca la *Historia de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días* de Modesto Lafuente publicada en 1850, en cuyo discurso preliminar el autor define la *Reconquista* como un «esfuerzo gigantesco» que permitió salvar la España cristiana de la «irrupción sarracena»<sup>[13]</sup>. Aprovechando esta nueva significación del movimiento expansivo cristiano incorporó nuevos detalles y reflexiones sobre los acontecimientos medievales que no aparecían en las fuentes anteriores como una teórica independencia astur con respecto a los pobladores previos —romanos y godos— que permitía convertir a Asturias en la cuna impertérrita de la nación española<sup>[14]</sup>.

Menéndez Pelayo refuerza esta idea en las décadas siguientes, resumiéndola de manera precisa en el epílogo de su *Historia de los heterodoxos españoles* en el que afirmaba «Si en la Edad Media nunca dejamos de considerarnos unos, fue por el sentimiento cristiano, la sola cosa que nos juntaba a pesar de aberraciones arcaicas, a pesar de nuestras luchas civiles, a pesar de los renegados y de los muladíes»<sup>[15]</sup>. Ligan-do en apenas una frase la identidad española con el cristianismo, una identificación anterior, incluso, al sentimiento patriótico y que se encuentra en la raíz misma del *ser* español.

13.– Modesto Lafuente, *Historia general de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, Madrid, Imprenta de F. P. Mellado, 1850, p. IX.

14.– Martín Ríos Saloma, «De la Restauración a la Reconquista: la construcción de un mito nacional (Una revisión historiográfica. Siglos XVI-XIX)», *En la España medieval*, 28, (2005), pp. 379-414.

15.– Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992 (1ª ed. 1880-1882), p. 1443.

Partiendo de la construcción de una identidad fundamentada sobre la oposición a una alteridad, la idea tradicional de un «nosotros» que se enfrenta a un «ellos», se crea una relación de interdependencia entre la religión y la localización geográfica; la nación y el catolicismo se convierten en pilares básicos de la identidad patriótica. Una nación cuyo origen histórico reduce, simplifica o elimina las diferencias y disensiones internas de los núcleos cristianos en favor de una lógica estatal y centralizada. En esta lógica histórica y continuista la «invasión» islámica supone un paréntesis, un obstáculo que debe ser superado para reforzar y fortalecer la identidad nacional.

La propia oposición conceptual entre invasión islámica y (re)conquista cristiana se encuentra en el centro del eje de transmisión de la Historia Nacional. La invasión entendida como una ocupación ilegítima del territorio peninsular atenta contra los valores tradicionales y su legítimo gobierno. La *Reconquista*, en cambio, se presenta como una epopeya heroica de salvación nacional, de defensa de los valores patrióticos y de la cristiandad<sup>[16]</sup>. Dialécticamente la fuerza opositora entre ambos términos es significativa y permite crear un discurso nacional que —remontándose a la resistencia de Pelayo en las montañas asturianas— configura una España unitaria, un destino predeterminado que termina de configurarse en su máximo esplendor con el matrimonio de Isabel de Castilla y Fernando II de Aragón como responsables últimos de la culminación del proceso reconquistador.

La correlación entre la conquista militar y la identidad cristiana se transmitió siguiendo una lógica romántica y naciona-

16.– Eduardo Manzano Moreno, «La construcción histórica del pasado nacional», Juan S. Pérez Garzón, *La gestión de la memoria: la historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 34-62.

lista hasta el siglo siguiente<sup>[17]</sup>. Amparada por algunos de los grandes y reconocidos académicos de la época se consolidó como un dogma historiográfico. Colaboraron activamente con esta concepción figuras como Ramón Menéndez Pidal cuya labor investigadora y producción historiográfica nos han permitido tener acceso a un sinfín de fuentes recopiladas junto a su esposa María Goyri.

Menéndez Pidal consideraba que ni tan siquiera la invasión y presencia islámica secular logró borrar de la memoria hispánica el sentimiento de pertenencia a una identidad común que se reflejaba en la unidad nacional. De alguna manera la ocupación había servido para fortalecer la conciencia patriótica y aunar los esfuerzos de los reinos medievales para recuperar el «suelo patrio». En sus escritos la *Reconquista* se fundamenta sobre cuatro grandes pilares: la conciencia patriótica, la unidad de España, la participación colectiva y popular y, por último, la unión entre el proceso militar de recuperación territorial y la defensa del cristianismo a través de un catolicismo militante que defendiera los valores patrios<sup>[18]</sup>.

De una manera semejante actúa otro de los grandes representantes de la academia española de inicios de siglo, Claudio Sánchez Albornoz, cuya prolífica producción historiográfica sigue siendo objeto de discusión entre los investigadores<sup>[19]</sup>. En la misma línea que la producción pidaliana cabe destacar su obra *Los orígenes de la Nación Española. El Reino de Asturias* en la que

refuerza esta concepción nacional de un proceso que considera transcendental en la conformación de la conciencia histórica de la nación. Llegando a afirmar que la *Reconquista* fue «clave para la Historia de España» puesto que «Ninguna nación del viejo mundo ha llevado a cabo una aventura tan difícil y tan monocorde, ninguna ha realizado durante tan dilatado plazo de tiempo una empresa tan decisiva para forjar su propia vida libre»<sup>[20]</sup>.

Esta formulación historiográfica sirvió como fuente de inspiración al nacional-catolicismo para construir toda una formulación retórica en la que se asociaban algunos aspectos de este proceso con el enfrentamiento bélico y algunos de sus protagonistas, en especial Pelayo y el Cid, con el líder del movimiento.

A pesar de las reticencias y el debate existente en la academia<sup>[21]</sup>, la noción de *Reconquista* sigue presente en las instituciones, el debate político, la cultura popular y los temarios escolares. Un concepto probadamente manipulado con una pretensión nacionalista centralizadora cuyo objetivo último era dotar de significación política a la unidad de España. Una unidad que difícilmente podía sustentarse en un contexto político complejo y conflictivo se sustenta entonces sobre la Historia.

### **La exaltación nacional-católica y el nacionalismo centralizador: mitos, símbolos y referentes medievales**

El concepto decimonónico se populariza y difunde de manera significativa gracias al esfuerzo simbólico y propagandístico del Franquismo y del partido del régimen. A

17.- Martí Ríos Saloma, «Restauración y Reconquista sinónimos en una época romántica y nacionalista (1850-1896)», *Mèlanges de la Casa de Velazquez*, 35 (2), (2005), pp. 243-263.

18.- Ramón Menéndez Pidal, *Los españoles en la Historia*, Espasa, Madrid (1991 [1947]), pp.172-176.

19.- Destaca especialmente su obra *Orígenes de la Nación Española. El Reino de Asturias*, Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 1972.

20.- Claudio Sánchez Albornoz, *España, un enigma histórico*, Edhasa, Barcelona, 2000, (1ª ed. 1956), pp. 723- 726.

21.- Un debate que ya plantearon en 1965 Abilio Barbero y Marcelo Vigil Abilio, *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*, Urgoiti Editores, Pamplona, 2012 (1ª ed. 1965).

través de las instituciones políticas y educativas se difunde toda una lógica discursiva que permite que el proceso de *Reconquista* se estudie, enseñe y transmita como un hecho homogéneo, continuo y premeditado según el cual «España» habría surgido gracias a la resistencia cristiana en Covadonga y se habría conformado definitivamente durante los ocho siglos siguientes hasta culminar gloriosamente un 2 de enero de 1492<sup>[22]</sup>.

Con un simple término se consiguen ligar dos realidades diversas: la «nación española» y el «catolicismo», la unión de ambos aspectos conforma los pilares básicos del Estado contemporáneo, heredero de un heroico proceso de liberación y unificación frente a la opresión islámica. A partir de esta idea se desarrolla una intensa y prolífica campaña de adoctrinamiento que marca la agenda propagandística del franquismo durante los años posteriores a la victoria militar.

Contando con la colaboración de una purgada academia y con las instituciones bajo control el Franquismo —mediatizado a través del partido del régimen— lleva a cabo una profunda labor de apropiación simbólica que le permite controlar y utilizar el relato histórico como fundamento legitimador del nacional-catolicismo. Con la intención de rentabilizar la Historia el régimen glorificó y ensalzó algunos hechos históricos que se consideraban relevantes en la construcción del espíritu nacional. Un discurso programático que será respaldado por los investigadores, silenciando e ignorando aquellas voces discordantes, como la de Rafael Altamira, que planteaban una interpretación mucho más compleja del proceso de

expansión cristiana en la península<sup>[23]</sup>.

Entre estos elementos simbólicos destaca el aprovechamiento de acontecimientos y referentes medievales como fuente de inspiración patriótica. De los múltiples ejemplos existentes cabe destacar de manera significativa la mitificación del relato de Covadonga y la toma de Granada, así como el uso partidista y discursivo que se hizo de figuras como Pelayo, el Cid o los Reyes Católicos, entre otros.

La *Reconquista* se convirtió en fuente de inspiración para las tropas sublevadas y en alegoría del enfrentamiento entre los valores de la «verdadera» España frente a la deriva republicana. Intelectuales como Enrique Esperabé Arteaga, rector de la Universidad de Salamanca, que publicó en 1939 una obra titulada *La guerra de reconquista española que ha salvado a Europa del comunismo*; o Enrique Herrera Oria, fundador de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, que entre sus múltiples obras de carácter didáctico-histórico escribió en 1943 una *Historia de la Reconquista de España contada a la juventud. Epopeya de siete siglos*. Estos son únicamente dos ejemplos de la extensa producción bibliográfica que durante el Franquismo tuvo como tema central la *Reconquista*.

Esta apropiación mítica del pasado se puede rastrear también en el ámbito urbano. El gobierno franquista promovió la creación de monumentos de corte histórico en diferentes ciudades españolas con el objetivo de reforzar el discurso identitario. Entre ellas destaca el conjunto estatuario conocido como «El espíritu del Cid» construido en Burgos en el año 1955 por orden de Francisco Franco para ensalzar la figura de Rodrigo Díaz de Vivar como ejemplo y referente para las nuevas generaciones al

22.- Juan Pablo Dalgalarondo, «La invención de una nación. La Edad Media en la «nación» franquista (1936-1939)», en *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. San Miguel de Tucumán, Universidad de Tucumán, 2007.

23.- Rafael Altamira y Crevea, *Historia de España y de la civilización española*, Barcelona, 1909, vol. I.



Inauguración de la estatua del Cid, de Juan Cristobal Rodríguez de Quesada, en Burgos, con presencia de Franco, 23 de julio de 1955 (Fuente: Archivo Municipal de Burgos).

que dedicó estas palabras en el discurso de inauguración:

«El Cid es el espíritu de España. Suele ser en la estrechez y no en la opulencia cuando surgen estas grandes figuras [...] Este ha sido el gran servicio de nuestra Cruzada, la virtud de nuestro Movimiento: el haber despertado en las nuevas generaciones la conciencia de lo que fuimos, de lo que somos y de lo que podemos ser»<sup>[24]</sup>.

Este discurso, además de encumbrar la figura cidiana, que la historiografía ha desmitificado de manera reiterada, plantea la necesidad de utilizar la historia como recurso retórico para crear identidad entre los sectores más jóvenes de la población. Puesto que es en la conciencia de un pasado común y compartido donde reside la proyección hacia un futuro glorioso.

La imagen del Cid como héroe nacional

24.- Discurso de Francisco Franco el 24 de julio de 1955, en la inauguración del Monumento al Cid Campeador en Burgos.

es también resultado de las construcciones retóricas del siglo XIX con las que colaboró Ramón Menéndez Pidal al dedicarle gran parte de su labor investigadora. Tal era su compromiso con la figura cidiana que dedicó su luna de miel a recorrer la ruta del Cid. De este viaje y de su investigación posterior nació en 1925 una de sus obras más reconocidas, *La España del Cid*<sup>[25]</sup>. En ella proyecta el enfrentamiento entre las dos identidades peninsulares, cristiana y musulmana, la victoria del Cid en Valencia le convierte en el representante máximo del espíritu nacional. Rodrigo Díaz de Vivar, en palabras del propio Menéndez Pidal «reafirmó la unidad hispánica, arrogándose la representación integral de ella para recobrarla tal como el rey Rodrigo la perdió toda<sup>[26]</sup>».

El personaje despertaba tanto interés que incluso se planteó una adaptación cinematográfica que no llegó a culminarse,

25.- Ramón Menéndez Pidal, *La España del Cid*, Madrid, Espasa Calpe, 2 vols, 1929.

26.- *Ibid.* p. 636.



quedando el proyecto en manos de Samuel Bronston. El estudio americano eligió a Charlton Heston como protagonista y la producción contó con el asesoramiento del propio Menéndez Pidal y con el interés de Franco que se aseguró de que la cinta fuera rodada en España y de que el héroe fuera tratado como merecía. A pesar de sus imprecisiones históricas la película fue estrenada con bastante éxito en 1961.

Otro de los grandes personajes encumbrados por la propaganda franquista será la figura de Pelayo, considerado por la historiografía nacionalista como el primer monarca «español». Tanto la españolidad de Pelayo como su categorización como rey han sido rechazadas por la historiografía. Al margen de estas consideraciones el régimen publicó una revista infantil titulada *Pelays* en la que se instaba a los niños a emular las hazañas de caudillo asturiano, identificado a su vez con Franco. Además, en 1964 se inaugura en Covadonga un monumento realizado por Eduardo Zaragoza, en cuya base podemos leer una inscripción tomada del ciclo cronístico de Alfonso III que reza: «Nuestra esperanza está en Cristo que este pequeño monte será la salvación de España». Este monumento fue elegido en abril de 2019 por Santiago Abascal, líder de VOX, como sede de inicio de su campaña electoral<sup>[27]</sup>. Tanto la figura de Pelayo como la *Reconquista* han sido una constante en los discursos de la formación política, arregándose en reiteradas ocasiones la misión de culminarla.

Por último y quizás como ejemplo más significativo encontramos la asociación entre la culminación del proceso reconquis-

tador y la construcción de la unidad nacional. Un proyecto iniciado en las montañas asturianas que finaliza gloriosamente con la toma de Granada por los Reyes Católicos dando comienzo a la época de mayor esplendor de la nación. En palabras de Falange Española, Isabel y Fernando, mediante su matrimonio y conquistas habían alumbrado el «imperio español, porque se dan todas las características propias: estado fuerte, poderío, autoridad, expansión territorial, cultura propia y fuerza vital para imponerla [...]». Esta significación imperial y universalista servía como base para la difusión de la cultura española más allá de los límites temporales, ideológicos y físicos.

Este imaginario imperialista se consolida con la apropiación simbólica de ciertos elementos asociados a los monarcas católicos<sup>[28]</sup>. Tanto el emblema del partido, compuesto por el yugo y las flechas, símbolos personales de Isabel y Fernando, como el escudo nacional, constituido a partir de ciertos elementos que recuerdan a las armas conjuntas de los Reyes Católicos establecidas en 1475 tras la Concordia de Segovia, son plasmaciones visuales de esa proyección unitaria que habría comenzado a finales del siglo XV y que culminaría con la victoria en la Guerra Civil. Entre las inclusiones ajenas al emblema medieval se encuentra el nuevo lema nacional «Una, grande y libre» que es quizás el elemento que más contradicciones supone con la política de unión dinástica llevada a cabo por los monarcas, puesto que en ningún caso pretendieron nunca una unión territorial o física de sus dominios, únicamente consagraron sus esfuerzos a garantizar su po-

27.-«Abascal apela al «simbolismo» de Pelayo en Covadonga», *La Voz de Asturias*, <https://www.lavozdeasturias.es/noticia/asturias/2019/04/12/abascal-apela-simbolismo-pelayo-covadonga/00031555083703799236199.htm> 12 de abril 2019, (consultado: 2 de enero 2020).

28.- Daniel Ortiz Pradas, «‘Tanto monta’ Apropiación de los símbolos e imagen de los Reyes Católicos durante el franquismo», en Francisco J. Moreno Martín, *El franquismo y la apropiación del pasado: el uso de la historia, la arqueología y el arte para la legitimación de la dictadura*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2017, pp. 253-269.



Estatua de Pelayo de Eduardo Zaragoza, Covadonga, 1964. (Fuente: Wikipedia Commons).

derío compartido. Una unión dinástica que Fernando estuvo más que dispuesto a romper cuando a la muerte de Isabel contrajo segundas nupcias con Germana de Foix con el objetivo de dotar a Aragón de un heredero varón. De haber sido fructífero el matrimonio del rey católico con la princesa navarra el destino de ambos reinos habría vuelto a separarse. Sin embargo, la propaganda nacionalista tiende a omitir aquellos detalles que suponen una ruptura con respecto al discurso nacional y unitario que se intenta transmitir.

Un tratamiento similar recibe el monumento «Tanto monta» dedicado a los Reyes Católicos e inaugurado por el dictador en Valladolid en 1969 con motivo del V Centenario de su matrimonio. La máxima, tomada del lema personal de Fernando de Aragón, fue aprovechada políticamente por Elio Antonio de Nebrija como parte del programa legitimador de los monarcas en el siglo

XV, pensado especialmente para reforzar la figura de Fernando en Castilla construyendo la conocida frase «tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando», puesto que Isabel no tenía ningún poder en la Corona aragonesa a excepción de los que le correspondían como esposa del monarca reinante. Sin embargo, la expresión se popularizó y terminó asociándose en el programa nacionalista con la unificación definitiva de España. Esta idea ha generado una conciencia de unidad territorial tan poderosa que numerosos políticos han afirmado reiteradamente que «España es una nación de cinco siglos» en referencia a esa teórica unificación territorial lograda por los Reyes Católicos. A pesar de que desde la historiografía es impensable hablar de «naciones» entendidas en sentido contemporáneo antes del siglo XIX como queda demostrado en la obra de Benedict Anderson.

Estos son sólo algunos ejemplos en los

que se puede observar un uso partidista del relato historiográfico decimonónico creado y difundido como fuente de legitimación de los valores del régimen. Que sirvió, además, como base para generar una conciencia de alteridad entre cristianos y musulmanes que pudo extrapolarse al enfrentamiento entre el bando republicano y sublevado generando una suerte de identificación maniquea que se vio favorecida por las políticas anti-comunistas y la difusión del denominado «terror rojo».

De esta manera el régimen obtuvo un doble beneficio del discurso reconquistador, por un lado la creación de una conciencia identitaria en la que el nacional-catolicismo, garante de los valores tradicionales, la religión y la patria lograba imponerse y salir victorioso frente a la «anti-España»; por otro, establecer una serie de paralelismos históricos entre las principales figuras del periodo medieval y el jefe del Estado además de convertir a estos personajes en referentes evocativos con los que identificarse, a los que aspirar.

### **La *restauratio* medieval: génesis, desarrollo y difusión de un mito de los orígenes**

El aprovechamiento de la Historia con fines propagandísticos o legitimadores no es una innovación contemporánea. Tanto en la Edad Media como en los periodos anteriores el relato histórico mitificado servía como fuente de legitimación del poder político y religioso. La creación de obras literarias al servicio de este fin puede rastrearse hasta la génesis misma del conocimiento histórico. Durante la Edad Media se desarrolla y prolifera un género literario creado para este fin, la cronística. Las autoridades políticas y religiosas se valieron de estas obras para difundir sus proyectos, que fueron transmitiéndose y copiándose

generación tras generación adecuándose a las necesidades contextuales e ideológicas de cada periodo.

La producción cronística del medioevo peninsular, aunque sostiene y reitera algunos *topos*, es abundante y diversa, introduciendo aquellas modificaciones que considera necesarias, eliminando, sustituyendo e incorporando diferentes versiones, pasajes y relatos de acuerdo con sus propósitos. Uno de estos grandes temas reiterados en la historiografía medieval tiene que ver con los orígenes del poder cristiano en la península. Nos referimos en concreto al relato de la Batalla de Covadonga que se configura como un mito originario a través del cual se legitima la monarquía astur-leonesa, un episodio que aparece también ligado al contexto navarro y portugués, mientras que en el mundo aragonés y catalán el mito de los orígenes varía acercándose al mundo franco y a la creación de la Marca Hispánica en tiempos de Carlomagno.

No es casual que en un contexto de construcción de un nuevo poder político fundamentado sobre la existencia de una nación unitaria se recurra al relato asturleonés, obviando las realidades periféricas. Este «castellanocentrismo» se reivindica ya en la Edad Media, pero no se convierte en un hecho hasta el siglo XVIII, cuando los Decretos de Nueva Planta impuestos por Felipe V hagan efectiva la centralización administrativa. No resulta extraño que en los siglos XIX y XX ante un clima de inestabilidad política en la que los nacionalismos periféricos ganan importancia se recurra a un relato castellano para reforzar las posiciones unitarias frente al federalismo.

La batalla de Covadonga se magnifica en el discurso cronístico con claros objetivos políticos. Sirviendo como fuente de legitimación de los monarcas del reino de León a través de pilares como el providencialis-

mo, la victoria y la sangre<sup>[29]</sup>. Sin embargo, se trata de una construcción muy posterior al acontecimiento histórico en sí mismo. Según las fuentes la batalla tuvo lugar en el 722, sin embargo, las primeras referencias escritas por población cristianas sobre el proceso de conquista y ocupación islámica de la península ibérica se encuentran en la *Crónica Mozárabe del 754* y en algunos textos islámicos del mismo periodo. En ellas apenas se mencionan los hechos de Covadonga y cuando lo hacen se considera una simple escaramuza sin importancia provocada por un astur rebelde. Habrá que esperar más de un siglo y medio para encontrar referencias explícitas a este proceso entendido como una suerte de castigo divino por los pecados cometidos por los godos.

El conocido como ciclo cronístico de Alfonso III es la primera fuente que conocemos en la que se presenta la batalla de Covadonga como un mito de los orígenes. Este relato cumple un doble propósito, justificar la creación del reino y reforzar la existencia de una dinastía gobernante encabezada por Pelayo. De esta forma la figura de Alfonso III aparece doblemente legitimada, por sus orígenes como descendiente del caudillo astur y como elegido de la divinidad para completar el proceso de restauración y purgar los pecados cometidos por los godos.

Covadonga se convierte así en el núcleo de un relato que se transmite reiteradamente y sin apenas modificaciones durante la mayor parte de la historia medieval pe-

ninsular, especialmente en el reino de León y, posteriormente, en Castilla. La victoria militar, cuya magnitud también ha sido cuestionada por los investigadores<sup>[30]</sup>, sirve como aliciente para iniciar nuevas campañas bélicas y se presenta como uno de los fundamentos del poder monárquico. La capacidad de conducir los ejércitos del reino a la victoria militar será un argumento de excepcional fuerza a la hora de fortalecer la posición del rey dentro del marco institucional<sup>[31]</sup>. Los epítetos relacionados con esta militarización del poder político se sucederán durante todo el periodo, aparecerán reyes «conquistadores, magnos, batalladores», ensalzados por su capacidad para combatir a los enemigos del reino, de manera particularmente significativa si se trata de musulmanes.

Para reforzar la magnificación retórica del relato se elaboró todo un argumentario según el cual la victoria se debía a la intervención de Dios. Una perspectiva providencialista que tendrá especial importancia para la legitimación de la monarquía, puesto que los reyes pasan a presentarse como «elegidos» de la divinidad para cumplir con una misión salvífica, casi mesiánica en ocasiones. Se trata de un argumento excepcional y difícilmente cuestionable en un contexto altomedieval, ¿quién puede tener mayores derechos que los elegidos por Dios? Esta perspectiva aparece claramente en la *Crónica Profética*, en la que Alfonso III se representa como el valedor divino destinado a salvar a los cristianos del castigo recibido por los pecados de los godos.

29.- En torno a la construcción discursiva de la batalla de Covadonga como recurso legitimador del reino de Asturias, véase Alexander, P. Bronisch, «Ideología y realidad en la fuente principal para la historia del Reino de Asturias: el relato de Covadonga», en Ignacio Ruiz de la Peña, *Cristianos y musulmanes en la península ibérica: La guerra, la frontera y la convivencia. XI Congreso de Estudios Medievales, 2007*, Madrid, Fundación Sánchez Albornoz, 2009. pp. 67-110; y Arsenio Dacosta Martínez, «Relato y discurso en los orígenes del reino asturleonés», *Studia Historica: Historia medieval*, 22, (2004), pp. 153-168.

30.- Autores como Luis García Moreno, «Covadonga, realidad y leyenda» *Boletín de la RAH*, 194, (1996), pp. 353-380.

31.- Sobre el desarrollo ideológico y político de las monarquías altomedievales destaca la obra de Carlos Ayala Martínez, *Sacerdocio y reino en la España Altomedieval: Iglesia y poder político en el Occidente peninsular, siglos VII-XII*, Sílex, Madrid, (2008).

El rey tendrá la misión de restaurar el reino y salvarlo de la amenaza sarracena. La intervención divina es determinante en el enfrentamiento, y antes incluso de que los cristianos puedan iniciar la ofensiva Dios aniquila a sus enemigos<sup>[32]</sup>. Tanto las cifras, como el relato del enfrentamiento ofrecen claras reminiscencias bíblicas, de manera que puedan establecerse paralelismos entre el origen del reino astur y las grandes batallas veterotestamentarias<sup>[33]</sup>.

Dentro de este enclave legitimista y providencialista destaca la figura de Alfonso III, monarca bajo el cual se redactan las crónicas, y que se presenta como el elegido para restaurar el reino de los godos: «[...] dicen que se restaurará el reino de los godos por este príncipe nuestro [...] el glorioso don Alfonso, reinará en tiempo próximo en toda España»<sup>[34]</sup>. Es la primera vez que un texto peninsular utiliza el concepto de *restauratio* para referirse al enfrenamiento entre cristianos y musulmanes. Este término está profundamente relacionado con la perspectiva providencialista a la que hacíamos referencia y se entiende perfectamente si lo situamos en su contexto de redacción. Alfonso III, tras superar ciertos problemas internos al comienzo de su reinado, logra asumir una posición de autoridad, mientras que, a finales de ese mismo periodo, el emirato entra en crisis permitiendo una rápida

expansión del espacio astur-leonés<sup>[35]</sup>. El marco de actuación y redacción es inmejorable para los intereses del monarca, no sorprende que se elija su figura como representante profético de la culminación de esa misión salvífica que acompañaba al reino desde su creación.

Uno de los elementos que con más asiduidad se ha utilizado en el contexto contemporáneo es lo que Claudio Sánchez Albornoz describió como *neogoticismo*, un planteamiento que se encuentra en el centro de un profundo debate entre los medievalistas. Según este planteamiento, los reinos cristianos creados tras la conquista islámica serían herederos del reino de Toledo y su destino providencial sería restaurar este espacio político y salvar España. A partir de la elaboración neogoticista se desarrolla uno de los grandes *topos* de la cronística peninsular: la pérdida de España. Un recurso literario creado para justificar el enfrentamiento militar y la expansión cristiana que se convierte en el gran argumento del nacionalismo patriótico para construir la idea de que la *Reconquista* había sido planeada y proyectada desde los orígenes mismos de los núcleos cristianos con la conciencia de pertenencia a una comunidad dispersa cuyo destino era reunirse de nuevo.

Si bien es cierto que tanto el ciclo cronístico de Alfonso III como otras obras posteriores hacen referencia a esta salvación de España<sup>[36]</sup>, se utiliza únicamente como recurso retórico con la intención de

32.- Michael Schulze Roberg, «La mitificación bíblica de la historia: los árabes y la batalla de Covadonga en la Crónica de Alfonso III», Clara E. Prieto Entrialgo, *Arabes in patria Asturiensium*, Oviedo, Universidad de Oviedo, (2011), p.39-51.

33.- Esta cuestión ha sido estudiada por Francisco J. Zabalo Zabalegui, «El número de musulmanes que atacaron Covadonga: los precedentes bíblicos de unas cifras simbólicas», *Historia, Instituciones y Documentos*, 31, (2004). pp. 715-728.

34.- Juan Gil Fernández y José I. Ruiz de la Peña, *Crónicas asturianas: Crónica de Alfonso III*, Crónica Albeldense, Oviedo, Universidad de Oviedo, (1985), p. 262.

35.- Para cuestiones sobre el periodo histórico consultar José I. Ruiz de la Peña, *El reino de León en la Alta Edad Media, vol. 3. La monarquía astur-leonesa de Pelayo a Alfonso VI (718-1109)*, León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 1995.

36.- El tema aparece en la cronística castellana de manera reiterada desde el siglo IX hasta el XV, pero también en la cronística aragonesa, especialmente en las conocidas como Grandes crónicas catalanas y en la portuguesa, heredera de las formas y modelos de origen castellano.

fortalecer un determinado programa monárquico apropiándose del enfrentamiento para imponerse sobre las demás realidades políticas<sup>[37]</sup>.

En este marco de construcción discursiva la historicidad del relato se pierde en favor de la relevancia simbólica. La victoria militar, aunque menor según las demás fuentes del periodo, es un hito de gran importancia en la construcción ideológica del reino de Asturias y se consolida como un referente identitario en la cronística durante los siglos siguientes. Tanto es así que en el siglo XVI Ambrosio Morales incorpora al relato la idea de que los restos del propio Pelayo descansan en Covadonga<sup>[38]</sup>.

Para reforzar este planteamiento se construyen personajes antagónicos que personifican las dos posturas enfrentadas. Oppa, representante del poder religioso, se somete a la autoridad musulmana simbolizando la traición, mientras que Pelayo se presenta como un héroe salvador, capaz de enfrentar a las tropas islámicas y salir victorioso.

La creación de un personaje como Pelayo, al margen de su historicidad, cumple un cometido ideológico de importancia que permite vincular a la monarquía con el régimen político anterior y reforzar la función militar de los monarcas. Pelayo es, primero y ante todo, un *magister militum*, un líder militar<sup>[39]</sup>. Una característica indispensable

en la lógica altomedieval, un rey que no es capaz de liderar a sus tropas no puede gobernar<sup>[40]</sup>. Los personajes categorizados de manera semejante a Pelayo se encuentran en diversos ejemplos internacionales como Brian Boru, arquetipo político de la monarquía irlandesa construido doscientos años después de su muerte para legitimar a sus descendientes<sup>[41]</sup>.

En cuanto a su consideración como primer rey de España, es prácticamente imposible de rastrear en las fuentes. La documentación regia previa a la redacción de las crónicas es escasa, pero en ningún caso aparece acompañado de la nomenclatura habitual en el mundo monárquico<sup>[42]</sup>. Lo más habitual es encontrar asociado a su nombre el cargo de *princeps*, entendido como *primus inter pares*, es decir, un elegido por la comunidad para dirigirlos en tiempos de dificultades. La primera referencia a un *rex* en el periodo se encuentra en la obra de Beato de Liébana asociada a Mauregato<sup>[43]</sup>. Y la titulación no se hace permanente hasta bien entrado el siglo X durante el reinado de Ordoño II. La consideración más aceptada para estos personajes es su asociación como caudillos militares, es decir, con una función esencialmente bélica y no monárquica<sup>[44]</sup>.

37.- Los orígenes del neogoticismo y su repercusión se desarrollan y analizan en la obra de Adolfo Besca Marroquín, *Orígenes hispano-godos del Reino de Asturias*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, 2000.

38.- Ambrosio Morales, *Corónica general de España que continuaba Ambrosio de Morales, coronista del rey nuestro señor don Phelipe segundo de este nombre*, Alcalá de Henares, 1574.

39.- Arsenio Dacosta Martínez, «Notas sobre las crónicas ovetenses del siglo IX: Pelayo y el sistema sucesorio en el caudillaje asturiano», *Studia Histórica: Historia Medieval*, 10, (1992), pp. 9-46; y «¡Pelayo vive! Un arquetipo político en el horizonte ideológico del reino asturleonés» en *Espacio, tiempo y forma*, ser. 3, 10, (1997), pp. 89-135.

40.- Sirva como ejemplo de la importancia del caudillaje en el mundo altomedieval la retirada de los derechos monárquicos de Sancho «el Craso» obligado a abandonar el trono hasta ser capaz de dirigir a sus tropas en combate.

41.- La obra se puede encontrar publicada por James Henthron Todd, *J. Gogadh Gaedhel Re Gallaibh: The War of the Gaedhil with The Gaill*, Londres, Rolls Series, Longmans, 1867.

42.- Susana Cabezas Fontanilla, Nicolás Ávila Seoane. «La intitulación en la documentación regia: de Pelayo a Alfonso IV» en Alfonso García Leal, Ramón Gutiérrez González, Clara E. Prieto Entrialgo, *MC Aniversario de la muerte de Alfonso III y de la tripartición del territorio del Reino de Asturias*, Oviedo, Trabe, 2010, pp. 263-312.

43.- *Obras completas de Beato de Liébana*, Madrid, BAC, 1195.

44.- C. Ayala Martínez, *Sacerdocio y reino...* pp. 115-128.

La discusión sobre la figura de Pelayo ha sido una constante en la historiografía medieval. Durante el primer franquismo y con el apoyo de la obra de Claudio Sánchez Albornoz se mantuvo la idea de que había sido un líder de la resistencia visigoda responsable de las primeras victorias frente a las autoridades islámicas<sup>[45]</sup>. Sin embargo, medievalistas como Barbero y Vigil cuestionaron seriamente esta identificación considerando que era imposible e improbable asociar a Pelayo con la monarquía goda, siendo más posible que estuviera ligado a las élites astures y resignificado posteriormente con fines legitimistas<sup>[46]</sup>.

La figura de Pelayo como mito heroico se haya intrínsecamente ligada a la Batalla de Covadonga. Se sustentan mutuamente en una construcción argumental en la cual Covadonga necesita de un líder providencial que salve España de la amenaza islámica, mientras que Pelayo necesita una victoria para poder ser reivindicado como líder. Esta vinculación pretende convertir el relato en un mito de gran fuerza legitimadora en el que se combinan diversos elementos que resumen las características deseables en un gobernante.

A partir de la categorización de Pelayo como héroe carismático, entendiendo el carisma en el sentido planteado por Max Weber, se pueden realizar una serie de extrapolaciones que servirían a los propósitos programáticos del nacional-catolicismo. Si Dios ha elegido a Pelayo en defensa de la Iglesia se puede considerar entonces que su pueblo en la medida en que participa y contribuye a la victoria militar es también parte de ese plan providencial de salvación de España. Y sus herederos, encarnados en los miembros del movimiento, no serán sino los sucesores de este plan secular.

45.- C. Sánchez-Albornoz, *España, un enigma...*

46.- A. Barbero y M. Vigil, *Sobre los orígenes...*

El Cid responde a un modelo de construcción discursiva semejante. La creación de su figura literaria tiene una escasa correspondencia con el personaje histórico. Sin embargo, el *Cantar de Mio Cid* se configura en el siglo XIII como el gran referente épico de la literatura castellana<sup>[47]</sup>. En un contexto coyuntural en el que los otros espacios de su entorno están generando una amplia producción caballeresca, Francia tenía a su Roldán, el Imperio a Sigfrido e Inglaterra a Arturo y sus caballeros. Castilla se incorporó a esta tendencia con una amplia producción literaria que no abarca únicamente la figura del Cid, sino también a otros héroes como Fernán González; incluso la monarquía copió esta tendencia y se presentó como protagonista de sus propios poemas épicos —es el caso del *Poema de Almería* redactado al servicio de Alfonso XI.

El ensalzamiento de Rodrigo Díaz de Vivar como héroe castellano se inserta en una lógica didáctica y moralizante que tiene como objetivo el desarrollo de referentes y prototipos virtuosos que puedan servir para la legitimación de la nobleza y para reivindicar su posición en un contexto en el que el poder monárquico tendía a reforzarse y el feudalismo se retraía limitando las funciones de la aristocracia y reduciendo su capacidad de intervención<sup>[48]</sup>. Los relatos sobre el Campeador proliferaron en la Castilla de los siglos XIII y XIV, el poema fue prosificado junto a otros relatos en la crónica alfonsí e incluso en el siglo XIV se redacta una obra, bastante tardía para el género, sobre la juventud del personaje conocida

47.- Alan D. Deyermond, *El Cantar del Mio Cid y la épica medieval española*, Barcelona, Sirmio, 1987.

48.- Ana M. Rodao, «Reflexiones en torno a la didáctica (a través) de la ficción medieval», Marta Haro Cortés, *Literatura y ficción: estorias, aventuras y poesía en la Edad Media*, Vol. 2, Valencia, PUV, 2015, pp. 809-821.

como *Las Mocedades de Rodrigo*<sup>[49]</sup> que sirvió como fuente de inspiración de la obra de teatro de Guillén de Castro en el siglo XVII.

La fuente más antigua que se conoce sobre el héroe castellano es una crónica biográfica, la *Historia Roderici* o *Gesta Roderici Campidocti*, redactada muy a finales del siglo XII. Se considera que esta obra es la más historicista de cuantas se conservan sobre el Cid y que pudo servir como base para la redacción del propio poema. A partir de los datos obtenidos en esta obra se pusieron en cuestión los hechos narrados por el cantar de gesta. Permitiendo a los investigadores, tanto historiadores como filólogos y literatos, recrear un esquema biográfico más cercano a la realidad histórica y reconstruir la genealogía del Cid. Estos estudios permiten acercarse a lo que pudo ser la figura histórica, reconstruyendo sus hazañas y permitiendo desmitificar aquellos episodios más novelizados como la jura de Santa Gadea que convierte a Alfonso VI en un personaje casi tiránico, el enfrentamiento con los infantes de Carrión o la victoria en Valencia tras su muerte.

Estos hechos sin ser veraces se entienden perfectamente si se insertan en la lógica nobiliaria, en la que la aristocracia se resiste a ceder sus espacios de poder, resulta útil construir la imagen de un héroe capaz de forzar la voluntad regia y obligar al monarca a cumplir su voluntad. El precio de su acción es el destierro, pero sirve también como excusa para iniciar un viaje que le convertirá en leyenda, reforzando de nuevo el papel de la nobleza como líder bélico, cuya colaboración es imprescindible para garantizar la seguridad de la corona y su victoria frente a los enemigos del reino y de la fe. El halo de misticismo que le rodea, su carisma y sus incuestionables valores ca-

ballerescos, así como los retazos de humanidad que demuestra le convierten en un personaje accesible y deseable cuya correspondencia puede ser buscada y enseñada.

Como hemos visto, el uso literario de los acontecimientos históricos, su ensalzamiento y mitificación no es una innovación contemporánea. Ya en época medieval la Historia se utilizaba y manipulaba con fines políticos e ideológicos. Los monarcas peninsulares, al igual que el resto de autoridades europeas, elaboraron una serie de recursos retóricos y legendarios que les permitían reforzar su proyecto legitimador. La sangre, las hazañas heroicas, las victorias militares, la pertenencia a una dinastía o un linaje plagado de grandes figuras heroicas y la elección divina fueron sustancialmente importantes para el fortalecimiento y mantenimiento del poder monárquico. Entre la nobleza también se construyeron grandes figuras heroicas, destacables por sus virtudes y valores caballerescos, especialmente a partir del siglo XII y con una remarcable incidencia en los siglos XIII y XIV, puesto que se convertirán en los protagonistas de un sinfín de obras de carácter didáctico-moralizante.

Figuras como Pelayo, Alfonso III, Fernando III sirvieron como prototipos del monarca «ideal» que fueron imitados en los siglos posteriores. Acontecimientos como Covadonga, las Navas de Tolosa o la Batalla del Salado fueron mitificados y ensalzados para mayor gloria de sus protagonistas, sirva como ejemplo el Poema de Almería que ensalza la figura de Alfonso XI. Héroe como Roldán, el Cid o los caballeros de la leyenda artúrica permitieron a la aristocracia sentirse también protagonista del relato histórico y de la defensa del reino.

Un proceso semejante se da en la práctica totalidad de los mitos y héroes nacionales. Construidos en diferentes periodos y por diferentes razones todos responden

49.- Matthew Bailey, *Las Mocedades de Rodrigo: estudios críticos, manuscritos y edición*, Londres, University College of London, 1999.



a las necesidades discursivas del poder hegemónico. Sus usos y manipulaciones serán una constante en la construcción de los espacios políticos, puesto que configuran argumentos y referentes excepcionales que inspiran y alientan al pueblo en la culminación de los obstáculos a los que se enfrenta el reino, la nación o la patria.

## Conclusiones

Resulta obvio que la mayor parte de estos elementos utilizados por la crónica, la propaganda y la literatura épica para ensalzar una serie de valores, características y virtudes deseables y reproducibles son de naturaleza literaria. Creados para cumplir con un propósito político: sentar las bases de la legitimación de las diferentes realidades que se van desarrollando en el contexto peninsular desde la Edad Media hasta la época contemporánea. La historicidad se desvanece en favor de la argumentación, la veracidad de los hechos pierde peso para fortalecer los elementos simbólicos, el relato se presta al servicio del discurso. La historia se postra al servicio de la hegemonía, puesto que se narra a tal efecto, el de favorecer la construcción de una identidad colectiva fundamentada sobre la conciencia de grupo y la oposición a la alteridad. Crear una «comunidad imaginada», el mito originario en la Edad Media, la nación española en la contemporaneidad, que sirva a los propósitos de las clases dominantes.

Sin embargo, es importante recordar que la Historia para ser correctamente leída y analizada debe ser entendida en un sentido crítico, cuestionando la intencionalidad que trasluce tras la elaboración retórica y discursiva. Entender las motivaciones y premisas de las que parte, para evitar caer en la manipulación mediática e institucional.

No debemos caer en la ingenuidad de pensar que los autores medievales creían

ciegamente en la veracidad de los hechos narrados, al igual que ocurre en el mundo contemporáneo, la Historia en su vertiente más popular, educativa e institucional se escribe —casi— siempre al servicio del poder. No es extraño por tanto que los historiadores nacionalistas y románticos del XIX incorporaran algunos de los elementos de las fuentes medievales a sus grandes obras de historia nacional dotándoles de un sentido de Estado, una intencionalidad y una continuidad que convierte a la nación española en una suerte de destino manifiesto proyectado y configurado ya en las montañas asturianas del siglo VIII. Y esta construcción retórica fue el caldo de cultivo perfecto para el desarrollo de gran parte del marco simbólico del franquismo, desde los emblemas institucionales hasta el urbanismo, de las altas esferas de la academia a la cultura de masas.

La fuerza difusora y propagandística de este relato permite que aún hoy en día las referencias a Pelayo, Covadonga o el Cid sean fácilmente reconocidas por el conjunto social. Por ello, cuando los partidos políticos utilizan la Reconquista en sus discursos ya sea como elemento retórico «La Reconquista no ha terminado»<sup>[50]</sup> o simbólico empezando sus campañas electorales en Covadonga, organizando manifestaciones o visitando determinados monumentos, son perfectamente conscientes de la carga ideológica y significativa a la que hacen referencia y la utilizan deliberadamente para forzar una respuesta social que cumpla con los objetivos programáticos del nacionalismo conservador. Reforzar la existencia de una «España» nacional, católica, centrali-

50.- Declaraciones del Secretario General de Vox el 2 de enero de 2020 con motivo de la celebración del aniversario de la toma de Granada. *ABC*, 2 de enero de 2020, [https://www.abc.es/espana/abci-ortega-smith-asegura-reconquista-no-terminado-202001021657\\_video.html](https://www.abc.es/espana/abci-ortega-smith-asegura-reconquista-no-terminado-202001021657_video.html) (consulta: 2 de enero 2020).

zada y homogénea frente a las tentativas separatistas, la inmigración, los movimientos sociales o el laicismo que atentan directamente contra los principios y valores fundacionales que estaban ya presentes en el origen mismo de la nación española.

Desde el mundo académico, tanto en la investigación como en la divulgación histórica debemos, por responsabilidad intelectual, tomar conciencia de cuáles son las estrategias discursivas utilizadas por las instituciones políticas y ofrecer una visión

crítica y analítica del conocimiento histórico que se aleje de las mitificaciones y apologías diversas, que comprenda y analice los procesos y estructuras en su contexto específico, tratando de acercarse a la mentalidad de cada periodo. Evitando los presentismos, los anacronismos y las falsificaciones deliberadas. En definitiva, combatir desde el mundo intelectual los malos usos, abusos y manipulaciones que desde las instituciones, la cultura popular, la educación y la política se hacen de la Historia.